

EN EL SENTIDO MARTIANO DE LA PALABRA, BUENO

Alfonso Herrera Franyutti, *in memoriam*

Luis Toledo Sande

Como ocurre en ocasiones, para quien esto escribe fue Alfonso Herrera Franyutti, primero, un nombre. En su caso, un nombre que, por caprichos de la acústica, o del oído –sobre todo el interior–, a los presumibles cruzamientos mediterráneos, apreciables en su talante externo, parecía añadir desde lo esencial resonancias de la América originaria. La asociación sonora se daba unida a un hecho de significado entrañable: la persona de tal modo nombrada se había identificado con la Revolución Cubana y pronto, a partir de ahí, se iluminó con el ideario martiano.

En ese camino se vinculó tempranamente con la Embajada de Cuba en su país, México. De ella recordaba con especial afecto los años en los cuales ocurrió en Cuba la epopeya de Playa Girón y el embajador cubano en la patria de Juárez era el maestro José Antonio Portuondo, sabio criollo que, al preguntársele cuál sería la respuesta de Cuba a la ruptura de relaciones decretada por el gobierno de los Estados Unidos, contestó risueño y con acierto simbólico y factual: “Una guaracha de Carlos Puebla”. Dicha Embajada contó durante larguísimo tiempo con los servicios generosos, solidarios, del experimentado médico Herrera Franyutti. Imperdonable ingratitud sería olvidarlo.

Él viajó frecuentemente a Cuba, donde entró en contacto directo con la presencia martiana, en la que el apasionado estudioso halló el modo de expresar su adhesión a la obra del pueblo cubano y su historia. De ello nacieron la primera edición de su libro sobre los años mexicanos de José Martí, y otras páginas. Aquel volumen, hablemos únicamente de su patria, lo situó –se situó él mismo *como un escolar sencillo*– en la estela trazada por Alfonso Reyes, Andrés Iduarte y Camilo Carrancá Trujillo, para citar relevantes ejemplos diversos de predecesores a quienes reverenciaba justamente.

El autor de este artículo disfrutó que la vida lo pusiera en camino de ser no sólo un lector de las contribuciones de Herrera Franyutti, sino también colega del minucioso investigador, quien hasta le propiciaría el regocijo de ser editor de páginas suyas, ya fuera por contingencias laborales o por petición expresa del autor, quien lo honraba con ello. En ese laboreo conoció y disfrutó la modestia de quien, sin renunciar ni un ápice a sus convicciones, sabía

